MIGUEL VENEGAS

LO QUE EL PIBE LE DIJO A DIOS

RELATOS DE

ESPASA

Miguel Venegas

LO QUE EL PIBE LE DIJO A DIOS

Relatos de La Cultureta

ESPASA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

© Miguel Venegas, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta y de interiores: © Miguel Bustos

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-670-6771-2
Depósito Legal: B. 275-2023
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Certificado PEFC
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas
PEFC/14-38-00305
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

ÍNDICE

Introducción, 15

DIOSES

Muhammad Ali, 19
Pelé, 22
Michael Jordan, 25
Nadia Comaneci, 28
Ayrton Senna, 31
Hermanas Williams, 33
Hillary y Tensing, 35
Billie Jean King, 37
Cruyff, 40
Maradona, 42
Tiger Woods, 44
Agassi, 46
Usain Bolt, 48
Bikila, 51

PROFETAS

Pasolini y Bertolucci, 55
Banksy, 57
Elton John, 59
Gabriel García Márquez, 61
Jack Kerouac, 63
Eduardo Galeano, 65
Haruki Murakami, 67
Orson Welles, 69
Sean Connery, 71
Sorrentino, 73
Ted Lasso, 75
Víctor Hugo Morales, 77
The Beatles, 80
Fontanarrosa, 82
Kapuscinski, 84
Fernando Meirelles, 86
Bob Marley, 89
Philip Kerr, 92

HÉROES

Panenka, 95
Ansu Fati, 97
Bobby Fischer, 99
Alice Milliat, 101
Herman Boone, 103
Jacques Anquetil, 105

Joe Frazier, 107
Lily Parr, 110
Michael Robinson, 112
Kazuyoshi Miura, 114
Trinche Carlovich, 117
Bela Guttmann, 119
Bud Spencer, 121
Éric Cantona, 123
Kobe Bryant, 125
Sócrates, 127
Tommie Smith, 130
Zatopek, 132
Boris Becker, 134
De la Quadra-Salcedo, 136
Beckham, 138
Magic y Bird, 141

TEMPLOS

Everest, 145
Montecarlo, 148
Oxford vs. Cambridge, 150
Palio de Siena, 152
Roland Garros, 154
Wembley, 156
Yankee Stadium, 158
Yosemite, 160
Garmisch, 162

Le Mans, 164
Olympiastadion, 166
Dakar, 169
Giro de Italia, 171

TRAGEDIAS

Divac y Petrovic, 175
El partido de la muerte, 177
Dejadnos Vivir, 180
11-S, 182
Gil, 185
Spartak, 187
Fashanu, 190
Malcolm X, 192
Paternidad, 195
Terezin, 198
Copa África, 200

RITUALES

Boxing Day, 203
Hurling, 205
Paralímpicos, 207
Halloween, 210
Lacrosse, 212
Poppy Day, 214
Super Bowl, 216
Thanksgiving, 218
Union Berlin, 220

CIUDADES SANTAS

Christiania, 223
Cooperstown, 225
Irlanda, 227
Italia 90, 229
Peaky Blinders, 231
Stalingrado, 234
Soweto, 236
Valencia, 238
París, 240
Edimburgo, 243
Manchester City, 245
Bilbao y Donosti, 247

MITOS

Orgullo, 251
Caída de Berlín, 253
Sheriff, 255
Guerra Fría, 257
Homeless, 259
Volver a empezar, 261
Pickles, 263
The English Game, 265
Boxeo, 267
Fútbol inglés, 269
Lazio 74, 271
Polvo de arroz, 273
Radio, 275

AGRADECIMIENTOS, 277

DIOSES

Muhammad Ali

Para ser el más grande no basta con ser el mejor, además hay que tener una historia. Y Muhammad Ali la tiene, vaya si la tiene. Por eso fue elegido mejor deportista del siglo XX por la *BBC* y por *Sports Illustrated*; por eso y no por sus cincuenta y siete victorias en el *ring* y sus cuatro títulos de campeón de los Pesos Pesados.

—Ningún vietcong me ha llamado negrata.

El grito traspasó las paredes del tribunal militar. Llegó a la calle, adonde probablemente debía ir. Era 1966 y las ciudades estaban a punto de arder; la guerra de Vietnam y las protestas por los derechos civiles. No eran tiempos aún para el activismo público, pero eso a Muhammad Ali no le importó demasiado. No era un ciudadano cualquiera y lo sabía; se sabía en la diana de muchos después de su cambio de nombre, de su conversión al islam y de su sorprendente victoria sobre Sonny Liston —el campeón de la mafia— por el título mundial. El ejército de los Estados Unidos lo llamó a filas y él pidió la objeción de conciencia.

—Petición denegada. Cassius Clay deberá presentarse a reclutamiento…

—Yo no me llamo Cassius Clay; ese es mi nombre de esclavo. Me llamo Muhammad Ali.

La sentencia fue de cinco años de prisión y diez mil dólares de multa. Ali salió bajo fianza y siguió luchando por sus derechos y por su boxeo. Su licencia fue suspendida y su título, anulado. Tres años y medio duró el castigo hasta que el Tribunal Supremo anuló la sentencia por no entender que la petición de Ali no fuera atendida. Era 1971 y el país había sufrido un cambio traumático. Martin Luther King había sido asesinado, la Guardia Nacional había abierto fuego en ciudades como Detroit o Atlanta, el *black power* ya había volado por todo el país y por todo el mundo, incluso dos atletas negros habían levantado el puño en un pódium de los Juegos Olímpicos; la paz había vuelto a las calles y Vietnam era un problema ya para casi todos. Ser contrario a la guerra ya no era sinónimo de traidor a la patria.

Y Ali fue redimido. Sucedió en Kinshasa en 1974. Antes había vuelto a pelear y regresó a las primeras páginas de los periódicos, como boxeador y como provocador inigualable. Y había recuperado la capacidad para hacer dinero gracias a un duelo terrible con Joe Frazier. Pero siempre bajo el disfraz de villano, sospechoso por sus excentricidades y por su poco amor a la bandera. Hasta que llegó Kinshasa.

Rumble in the Jungle. Ochenta mil congoleños poblaban las gradas del estadio 20 de Mayo. El combate comenzó a las cuatro de la madrugada y duró ocho asaltos, los que Ali tardó en deshacerse del gigante George Foreman y mandarlo a la lona con una serie de golpes rápidos. Estaba lloviendo y el estadio coreaba a su ídolo: «Ali bomaye» —Ali mátalo—.

El momento fue muy bien reconstruido en la película de 2001 *Ali*, con Will Smith de protagonista en el cuadrilátero. La

escena de Kinshasa cierra la cinta con música africana, la lluvia, la cara de Smith y la voz del locutor dictando una sentencia real:

> Muhammad Ali ha hecho lo imposible; ha recuperado la corona mundial que le fue arrebatada injustamente en 1967.

Y el país se rindió a sus pies. El presidente Gerald Ford le invitó a la Casa Blanca; participó en un espectáculo de Broadway y hasta protagonizó un cómic de DC en el que se enfrentaba a Superman, el héroe blanco del que finalmente se acababa haciendo amigo.

John Stango le hizo un retrato que pasó a la historia y cantantes como Johnny Cash o Whitney Houston le dedicaron éxitos en los 80 y 90. Y en 1996 su curva hacia la gloria culminó con el encendido del pebetero olímpico de los Juegos de Atlanta. Entonces ya se había retirado y daba muestras claras de su enfermedad de Parkinson. Le fue devuelta su medalla olímpica lograda en Roma y las gradas del estadio se llenaron de lágrimas por «El más grande».

Ali murió con setenta y seis años en un hospital de Phoenix. El cuerpo fue enterrado en Louisville, Kentucky. Entre los portadores del féretro se encontraban Lennox Lewis, Mike Tyson y Will Smith. El KFC Center se llenó con más de veinte mil personas despidiendo a su ídolo. Entre ellos estaba el presidente Clinton. Era el adiós a un guerrero del deporte al que ni la guerra ni el país más poderoso del mundo pudieron vencer.

Pelé

A Pelé se lo comió Maradona, seguramente. Maradona, el tiempo y el fútbol que ha ido cambiando como lo ha hecho el mundo en general. Hoy se llenan tertulias con el debate de quién es el mejor futbolista de la historia. No entren en ese juego porque no tiene fin. Para una generación de futboleros —ya maduros— Pelé fue el rey del mundo-fútbol y nadie lo ha destronado todavía, ni lo hará.

Porque «O Rei» forma parte de una arcadia feliz de este deporte que hoy parece incomprensible, la de los años cincuenta, sesenta y setenta, antes de la revolución. El suyo era un mundo en el que el fútbol se hablaba al día siguiente y las imágenes escaseaban; el mito se contaba más que se veía, y con eso bastaba las más de las veces. Los futbolistas no eran multimillonarios y los fondos de inversión no regaban a los clubes europeos. De hecho, Pelé no salió nunca de su club de toda la vida, el Santos, porque fue declarado patrimonio nacional de Brasil.

Se dice que Pelé marcó 1.283 goles. Pero no intenten comprobarlo, porque en los tiempos de Pelé el fútbol de Brasil era una maraña de torneos locales y estatales en los que no es fácil separar lo oficial de la pura exhibición. La vida de Pelé es casi la historia del fútbol mundial.

En 1958 se plantó en Suecia con dieciocho años para hacer a Brasil campeona del mundo por primera vez. Marcó tres goles en la semifinal y dos en la final. Era el héroe del torneo y terminaba llorando sobre el hombro de Wilmar, como el niño

que era. Había cumplido pronto la promesa que le había hecho a su padre ocho años antes, en el desastre del Maracanazo.

—Yo haré a Brasil campeona del mundo— le había dicho.

Después llegó otro Mundial en Chile, que ganó lesionado y delegando su liderazgo en Garrincha. En Inglaterra lo volvieron a lesionar; era una época en la que los árbitros no protegían a los buenos jugadores y fue el propio Pelé quien tuvo que aprender a defenderse por las bravas.

Cuando un rival le tiraba dos patadas, él lo advertía muy serio. Le aconsejaba que se fuera a otra parte del campo o terminaría mal. Nadie hacía caso y muchos se arrepintieron. La siguiente acción era del astro brasileño clavando sus tacos en la pierna del defensor.

Así aprendió a sobrevivir a las lesiones y en 1970 cerró su carrera mundialista con una obra de arte final, en el que para muchos fue el mejor Mundial de la historia y el mejor equipo de todos los tiempos.

Dos décadas de goles y victorias que dieron a Brasil un rey para toda la vida; y una identidad ligada al fútbol que hoy nadie puede cambiar.

Y además se dice que Pelé paró una guerra. Lo dice un cántico popular de la grada del Santos, aunque la historia real tiene muchos matices que le restan encanto; pero la arcadia del fútbol también tiene sus leyendas.

Ocurrió en enero de 1969, y en realidad fueron dos guerras y no una. El Santos viajó a África para una gira millonaria. En-

tre las escalas previstas estaba la de Kinshasa, la capital del Congo. Allí se había producido un golpe de Estado y las armas seguían funcionando. Algunos detalles no tienen fácil explicación, como que el Santos viajó en el avión oficial del presidente ruso. Durante el partido Pelé se quejó de la violencia de sus rivales y se sentó en el césped como protesta, negándose a seguir jugando. El árbitro paró el partido y desde las gradas le llegó de inmediato una nota sin ambigüedad:

> —El Santos está aquí para dar espectáculo. Estoy en el estadio para ver un espectáculo. Si no aplicas las reglas del juego, vas preso.

La nota la firmaba el presidente Marien Ngouabi. Después el Santos viajó a Nigeria, donde sí había una durísima guerra civil que dejó millones de muertos y desplazados. Al Santos se le pagó bien y se le aseguró tranquilidad durante su estancia en Lagos. Pelé llegó y veía por las ventanillas del autobús a los militares armados en las calles, y los cadáveres en el suelo.

El Santos ganó por un gol a cero y la guerra paró durante 48 horas. 25.000 personas vieron en directo al mejor futbolista que el mundo jamás había dado.